

Sujata Massey

Muerte en la
casa de baños

TRADUCCIÓN DE
Ana Robleda

nausícaä 

Capítulo 1

Supongo que hay lugares peores en los que pasar la Nochevieja que en un tren atestado de gente con la mano de un desconocido reptando por tu muslo. ¿Un tren atacado por una descarga de gas nervioso, por ejemplo? En ese caso, la muerte sería completa, en lugar de sólo sensorial. Había intentado afrontarlo con madurez y casi había conseguido convencerme de que lo que se apretaba contra mí desde que habíamos salido de Pagano era el asa de un maletín.

El tipo se había colado justo detrás de mí cuando un grupo de esquiadores desbordaron el exiguo espacio que me había reservado, dejándome tan aplastada que apenas podía mover los brazos. Prensada como un *sushi-zume*, bolas de arroz en una caja de comida rápida, empecé a preocuparme por lo que podía pasar. Había oído hablar de un genio de la química que utilizaba un fluido que hacía agujeros en la ropa, y de un aficionado a los chicles que te dejaba un pegote en el pelo como recuerdo. También se hablaba de más de uno que te regalaba su placer vertiéndolo en el bolsillo de tu abrigo, pero todos ellos eran unos cretinos que se movían por el metro de Tokio, y no en los trenes de larga distancia que subían a los Alpes japoneses.

La mano que en un principio había sido casi imperceptible estaba cobrando audacia. Aventureé el tacón de mi zapato hasta encontrarme con una espinilla por la que me deslicé antes de propinarle un buen pisotón al pie que la remataba. Una mujer se apartó de mí y me pidió que tuviera más cuidado. ¿Es que no me había dado cuenta de que íbamos en un tren abarrotado? Me disculpé de mala gana. La mano seguía allí.

Había oscurecido y el cristal de las puertas del tren era ya un espejo en el que me vi reflejada: pequeña, a medio camino entre una japonesa y una americana, con el corte de pelo a cepillo que estaba bien para San Francisco pero que resultaba un poco masculino para el gusto japonés. Ojalá hubiera tenido tiempo de cambiarme de ropa y ponerme unos vaqueros, en lugar de la falda que tan fácil estaba resultando de atacar. Me concentré en la imagen de los tres hombres que había más cerca de mí: un joven de traje y corbata que llevaba la nariz metida en un periódico deportivo, un abuelote y un currante con camiseta en la que podría llevar impreso algo como «Milk Pie Club». Los dos últimos parecían estar dormidos, pero no podía estar segura. Entonces recordé la última arma de que disponía:

—*Hentai! Te o dokete yo!* —dije primero en japonés, y luego añadí—: ¡Quítame la mano de encima, cerdo!

Sentí que la mano perdía consistencia y que luego desaparecía.

—¡Es el tío de negro! ¡Pues no te vas a ir de rositas!

Estiré el cuello y vi a una fornida mujer norteamericana que golpeaba con su paraguas en la espalda a un tipo con pinta de macarra.

—¡Que yo no he hecho nada, señora! ¡Estése quieta, por favor!

La disculpa en japonés no le sirvió de nada. El resto de pasajeros, adormilados un segundo antes, empezaban a reírse disimuladamente.

—¡Déjelo ya, señora, que como siga pegándole, podrían detenerla! —le advertí, y el tío se abrió paso entre la gente para alejarse.

—No me ha hecho falta entender lo que decías para saber lo que estaba pasando —murmuró mientras se sentaba en un asiento que acababa de quedar libre—. Los hombres son todos unos cerdos. Todos. Tendría que haber una ley.

Me acerqué y la miré. No se trataba de una de esas feministas de pelo gris, chaqueta de *patchwork* y pantalones de campesino, la clase de persona que estudiaría entusiasmada un país como Japón desde detrás de sus gafas de montura metálica. Mi salvadora llevaba un tabardo estampado en piel de leopardo y unas Reebok rojas. Su pelo era de un color melocotón que no había visto nunca.

—¿Dónde has aprendido a hablar inglés tan bien? —me preguntó.

—En California.

Esa respuesta solía hacer enrojecer a todos los blancos, pero no a aquella mujer.

—Nadie lo diría.

No contesté. En otro momento habría dicho algo, pero después de tres años en Asia, me había vuelto demasiado educada. Demasiado japonesa.

—¿Vas a Shiroyama? —continuó, trastabillándose un poco con la pronunciación.

Asentí. Me dirigía a aquella ciudad amurallada de doscientos años de antigüedad en busca de arte antiguo y un descanso de la vida gris e implacable que llevaba en la zona norte de Tokio. Había planeado cuidadosamente el viaje, siguiendo el consejo de mi jefe de que me hospedase en una *minshuku* o pensión familiar. La que había escogido era conocida por su cocina rural y su decorado campestre. Largarse a las montañas nevadas mientras todo Japón celebraba la mayor fiesta del año, Nochevieja, resultaba un poco excéntrico. De hecho no me podía creer que alguna otra persona aparte de mí quisiera hacerlo.

Aquella mujer desconocía por completo el Japón rural, así que le di unas cuantas explicaciones sobre lo que podía esperar de una pensión japonesa. Cuando estábamos hablando de

tomar baños minerales, me di cuenta de que había reservado en el mismo lugar en el que yo me iba a hospedar, y que podíamos compartir taxi. Mi escapada solitaria se había transformado en otra cosa y recordé la creencia japonesa de que nada ocurre por casualidad, que todo forma parte de un gran plan cósmico. Teniendo en cuenta cómo salieron las cosas, estoy empezando a creérmelo.

MI PRIMERA IMAGEN de Shiroyama fue un amasijo de tiendas y casas viejas, tejados embaldosados cargados de nieve y ventanas a través de cuyos cristales brillaba una acogedora luz dorada. Una mujer mayor ataviada con kimono pasó presurosa a nuestro lado, con un parasol en la mano con el que evitaba mojarse con los pequeños copos de nieve que caían. Me habría quedado un rato por allí de no estar ejerciendo de botones para mi nueva compañera de viaje, así que eché el alto a un taxi antes de que continuara hasta la parada.

—No te preocupes por la Vuitton. Es una copia que me compré en Hong Kong —presumió mientras yo cargaba sus dos voluminosas maletas en el maletero—. No me acuerdo de cómo me has dicho que te llamabas, jovencita.

—Rei Shimura —pronuncié despacio, como siempre hacía cuando vivía en Estados Unidos.

—¿Se escribe con *e*, como en Rae, o es Ray, con *y*?

—Ninguna de las dos cosas. Es un nombre japonés.

—Yo soy la señora Chapman. Marcelle —añadió un instante después. Aun así, yo tenía muy claro que iba a tratarla de usted, del mismo modo que había quedado también claro que quería que me ocupase de sus maletas. No dejó de hablar ni un momento en el trayecto hasta Minshuku Yogetsu, que resultó ser un lugar bastante menos poético de lo que sugería su nombre, que significaba «luna nocturna». La contaminación había manchado el estuco de la fachada y las ventanas tenían unas contraventanas oscuras que parecían ojos cerrados. Parte del jardín había sido transformado en un aparcamiento en el

que había dos Toyotas: una oxidada furgoneta y un Windom negro. Teniendo en cuenta el elevado precio que iba a pagar por mi habitación, estaba claro cuál pertenecía a los dueños.

La señora Chapman se me adelantó y abrió de par en par la puerta:

—¡Yuju! ¿Hay alguien?

Una mujer delgada de unos cuarenta años, con el pelo corto y expresión seria salió de una habitación lateral y poniéndose de rodillas, inclinó la cabeza hasta casi rozar el suelo.

—Bienvenidas. Ha sido imperdonable por mi parte no haberles abierto la puerta.

Reconocí la voz de la señora Yogetsu, la dueña de la pensión con la que había hablado cuando hice la reserva. Velado tras la cortesía de sus palabras intuí el reproche que nos dirigía por haber entrado de ese modo. Cuando me disculpé por el retraso del tren y notó mi acento americano, su expresión se endureció.

—¿Viajan ustedes juntas? ¿Prefieren que les dé habitaciones contiguas? —nos preguntó. No había expresión alguna en su rostro al hacer aquella pregunta, pero como se trataba de algo que yo ya había experimentado muchas veces en el pasado capté el sentimiento que había escondido tras ellas y que decía *mejor mantener a los extranjeros juntos, lejos de nosotros*.

—No es necesario —contesté, obsequiosa—. Nos hemos conocido en el tren.

Seguimos su indicación de cambiarnos los zapatos por zapatillas de andar por casa y la señora Chapman fue rellenando trabajosamente el formulario destinado a los huéspedes mientras yo miraba a mi alrededor. El lugar estaba immaculado, decorado con una sencillez Zen que consistía en unos cuantos exquisitos pergaminos. El suelo estaba cubierto por un tatami de paja y en una de las paredes ardía lentamente un fuego de leña que desprendía una luz azulada. Sobre sus llamas colgaba una antigua tetera de hierro que me pareció del siglo XIX.

De nuevo quedé impresionada cuando la señora Yogetsu nos condujo por delante de un precioso baúl *tansu* sobre cuya

tapa había un ramo confeccionado con ramas de pino y ciruelo, algo desequilibrado.

—Qué bonito. ¿Estudia arreglos florales?

A lo mejor halagándola podía mejorar su humor.

—En realidad soy una *sensei*.

Su respuesta me sorprendió. *Sensei* es un título honorífico que se usa para describir a profesores y médicos, pero que resultaba demasiado pomposo si se utilizaba para referirse a uno mismo. Yo siempre empleaba el término *kyoushi* cuando quería describir mi trabajo, un término humilde que significaba «tutor».

El dormitorio que me ofreció era sencillo y muy pequeño, con apenas una mesita baja y dos cojines en los que sentarse. En el armario había ropa de cama y una *yucata* de algodón blanco y azul, la bata de invitados que podía utilizar para ir al baño común. La pared trasera del armario tenía otra puerta de corredera que comunicaba con la habitación de al lado. Cómo nos las íbamos a arreglar el inquilino de esa habitación y yo para mantener nuestras posesiones separadas era un misterio.

Me moría de ganas de darme un baño que me quitara el cansancio y la tensión del cuerpo. La señora Yogetsu me señaló una escalera que partía de la parte de atrás y mientras reunía mis cosas de aseo oí que llegaban más huéspedes a la recepción: una voz femenina y de timbre grave que hablaba con decoro, y el gruñido brusco de un hombre mayor. Otro hombre le interrumpió. Se dirigía a él en una variante de inglés británico, arrastrando las vocales más que los periodistas de la BBC a cuya dicción me había acostumbrado en los programas de radio.

Colgué el cartel de *sólo mujeres* de la puerta desnuda del baño y entré a un cambiador limpio con una puerta de cristal que daba acceso a una bañera a nivel del suelo, larga y ancha. Levanté el cobertor de plástico y hundí el pie. Como todos los baños en Japón, el agua ardía.

Una zona de ducha en la que se ofrecía jabón, cubos de agua y taburetes de madera transmitía la orden sin palabras

de lavarse antes de meterse en la bañera, que se compartía con los demás. Yo sabía bien de la etiqueta que regía los baños públicos porque mi piso no tiene cuarto de baño, de modo que me veo obligada a desplazarme a una casa de baños cuando ya no puedo soportar el triste hilillo de agua de mi ducha. La que hay en mi barrio siempre está atestada, y sólo media pared separa la instalación femenina de la masculina, de modo que pocas veces consigo relajarme.

Pero iba a poder disfrutar para mí sola de una bañera en la que podía nadar, así que apoyé la cabeza sobre el borde de madera y me dejé envolver por los recuerdos de los veranos de mi infancia, la piscina y las zambullidas en las que recorría toda su longitud bajo el agua y salía sin aliento. Mi cuerpo era algo en lo que no pensaba entonces. No era una niña, sino un pez aerodinámico, y al ver mis breves pechos aflorar sobre la superficie del agua pensé cómo me había cambiado la vida en Japón. Caminaba tanto que mis piernas se habían vuelto atléticas, y como ya no me podía permitir ni queso ni vino, había perdido la tripa. La dieta de las privaciones funcionaba de verdad.

Empecé a notar una especie de vahído que me advirtió que estaba a punto de cocerme, así que salí y me quedé sentada hasta que se me pasó. Luego me eché unos cuantos cubos de agua fría por encima y volví a meterme en el caldero. Seguía ardiendo, así que abrí un poco la ventana que había sobre el baño para que entrase una bocanada de aire gélido. Oí que la puerta se abría y me volví con intención de unir las rodillas y saludar con una inclinación a la recién llegada. Ojalá fuera la mujer japonesa de la voz tan bonita.

Pero la persona que entró fue un hombre alto y atlético de pelo rubio rojizo. También estaba desnudo, pero intentaba cubrirse a toda prisa con una pequeña toalla. Me miró angustiado justo un segundo antes de que yo me sumergiera completamente en el agua para protegerme.

—¡Se ha equivocado de baño! ¡Márchese! —grité, y sólo después de un segundo me di cuenta de que había hablado en japonés.

—*Sumimasen!* ¡Perdóneme! —me contestó él con aquel acento tan extraño que le había oído poco antes—. Es que... no dice nada en la puerta y...

—¡Dice que sólo mujeres! —espeté en inglés.

—Creía que eran baños comunales.

—¡Comunales, pero no mixtos! ¿Qué se ha pensado que es esto? ¿Un *soapland*¹?

Enrojeció inmediatamente, lo que me confirmó que conocía los baños en los que las prostitutas utilizaban sus cuerpos como esponja.

El corazón seguía dándome golpes en el pecho cuando oí el ruido de una cremallera al cerrarse en la habitación contigua. Esperé a estar segura de que se había marchado, salí de la bañera y me puse mi *jukata*. Justo en la puerta me tropecé con la señora Chapman, que atravesaba el vestíbulo envuelta como si fuera un gigantesco paquete de regalo en una bata de baño amarilla.

—Tenga cuidado, que la puerta del baño no cierra bien.

Me temblaba la voz.

—Pero la directora me ha dicho que era sólo para mujeres —respondió, arrugando la frente—. ¿Qué significa ese cartel que hay en la puerta?

—Es un *kanji* que parece una mujer arrodillada. En japonés, el término «mujer» se escribe como alguien que sirve.

—¿Qué es un *kanji*?

—Un pictograma —ella se quedó en blanco e intenté explicárselo mejor—. Los japoneses adoptaron su sistema de escritura del chino, y utilizan símbolos pictóricos para transmitir el significado de las palabras. Éste es el símbolo para la palabra «hombre» —le di la vuelta al cartel que el intruso debería haber reconocido—. ¿Qué le parece que es?

—Una cabeza cuadrada con patas.

Sonreí.

—El cuadrado se supone que representa un campo de arroz,

1 Burdel

y las patas que hay debajo el poder, así que literalmente significa el poder en el campo de arroz, que era la ocupación de los hombres en la antigua cultura agraria.

Luego le enseñé el símbolo de la familia y le expliqué que en Japón se consideraba saludable bañarse en familia.

—Esta gente está pervertida —dijo—. ¿Te has dado cuenta de que en las estaciones los lavabos de los hombres se pueden ver desde fuera?

—Se supone que debe mirar hacia otro lado y fingir que los urinarios no están allí —la reprendí, aunque me sentía un poco hipócrita. El hombre que había irrumpido en el baño era una alegría para la vista, alegría que yo no había querido negarme mientras el pobre hacía lo que podía por salir a toda prisa.

UNA HORA DESPUÉS, me senté con la señora Chapman en el salón a la espera de la cena. Estaba hojeando un álbum con postales de Asia y mientras ella charlaba sobre sus ciudades favoritas, mi atención se desvió hacia la chimenea, ante la que una pareja de japoneses de mediana edad se calentaban las manos.

El hombre era indudablemente de Tokio, con aquel traje caro azul marino y una especie de mueca burlona permanente. Lo identifiqué inmediatamente como un burócrata, uno de aquellos ejecutivos que llenaban el Japón urbano con un aura de cigarrillos, whisky y agotamiento. La mujer arrodillada a su lado debía ser al menos diez años menor que él y llevaba su larga melena de cabello negro brillante sujeta a la espalda con un pañuelo de seda. Sus ojos eran más redondeados que los míos, quién sabe si gracias a la carísima cirugía plástica conocida como *Fresh Eyes*.

Lo que me tenía hipnotizada era el vestido color marfil que llevaba: era de Chanel, y estaba claro que no se trataba de una copia. Además, la joyería que lucía era de lo mejorcito del país, un collar de perlas de doble vuelta con el inconfundible cierre

en oro de Mikimoto. Su atuendo era demasiado caro para ser la típica esposa de un oficinista; es más: seguramente lo habría comprado todo fuera del país en las rebajas. Quizás fuesen ricos sin más, una de esas parejas que aparecían en las páginas de sociedad del *Tokio Weekender*, la publicación de periodismo amarillo que se editaba cada dos semanas en el extranjero y que yo leía con tanta atención como los catálogos de antigüedades, porque por mucho que despreciase a los leones de la buena sociedad de Tokio, ejercían sobre mí una irrefrenable fascinación. No reconocí a la mujer, pero sí me resultaba familiar. El recuerdo de una voz con calidad de campana me volvió a la memoria.

Ella me observaba a su vez. Parecía estudiar mi viejo jersey de cachemira con escote en uve y las mallas de terciopelo que me habían parecido adecuadas para bajar a cenar. Después reparó en mis pies. «Sí, son más grandes que los tuyos. Buena nutrición y mi sangre americana», pensé enfadada, hasta que me acordé del agujero que llevaba en el calcetín izquierdo.

En la cena, la señora Yogetsu acomodó a la pareja de élite en la cabecera de la mesa. A la señora Chapman y a mí nos correspondió sentarnos en el centro, rodeadas de un mar de sillas vacías.

La bandeja de la cena tenía un aspecto prometedor: fideos de trigo sarraceno o soba en un caldo que olía deliciosamente a ajo y jengibre. Pequeños platos de porcelana nos ofrecían, como si se tratase de un muestrario de joyas, una variedad de *sashimi*¹, judías negras, espinacas preparadas con sésamo, raíz de loto y otros vegetales colocados artísticamente. Lo único que me puso un poco nerviosa fue unas pequeñas sardinas secas que había que comerse enteras y unas lonchas finas de carne cruda que seguramente era de caballo, la especialidad local.

Un comentario en voz baja de la señora Chapman me arrancó de mis cavilaciones.

—No sé usar palillos. ¿Crees que me darían un tenedor?

1 Delicia japonesa que consiste principalmente en mariscos o pescado crudos cortados finamente. (N. de la T.)

—No se preocupe. Es como trabajar con un eje.

Aunque no se había bendecido la mesa, saqué mis palillos de su envoltorio de papel y le mostré cómo hacer los sutiles movimientos de pinza. Mientras ella lo intentaba, llegaron dos nuevos comensales y se acomodaron en los cojines frente a mí. Los saludé con una leve inclinación de cabeza. Era un joven empleado que llevaba un arrugado traje azul marino que parecía el primo pobre del que vestía el otro hombre. Con aire asustado me devolvió el saludo. Y un instante después deseé poder encogerme hasta ocultarme en mi plato de sopa porque sentándose junto a él estaba el gigante al que había conocido desnudo en el baño.